

Narrar: un refugio desde la infancia

Debo hablar sobre la narración, ya estoy narrando. Wittgenstein al presentar su charla sobre la palabra dijo: “No he comenzado a decir lo que es una palabra y ya he pronunciado varias palabras”. La narración es la forma discursiva más natural, con un desarrollo lógico y sistemático dentro del desarrollo de las lenguas del mundo. Este escenario privilegiado hace de la narración uno de los puentes inmediatos entre el lenguaje como dispositivo y la realidad apprehendida en nuestro cerebro a través de los sentidos.

Aprendemos a narrar desde el vientre, el lenguaje del otro, del tiempo y del espacio, de la cercanía y la distancia, de la tristeza y la alegría, empieza a codificarse desde los diálogos con la madre y el entorno. Luego, en la cuna, en los primeros diálogos con los ojos y el cuerpo, nuestro cerebro aprende los juegos del yo y de los otros, en escenarios cuya complejidad y capacidad de crecimiento autónomo desborda nuestra conciencia. Entonces seremos varios seres cuyas máscaras trocamos con el destino, ese ser inmediato del que tenemos algo de conciencia, y todos los otros que nos hablan con reglas que no logramos asir.

La educación tiene mucho por aprender desde el modo como la narrativa incursiona en la construcción del mundo de los seres humanos incluso desde el vientre. La lógica primaria de nuestros primeros pasos entre caminar y nombrar el mundo, determinará el modo y profundidad como vamos a apprehenderlo. Cuando la ciencia y el saber complejo en general (incluye el arte y las expresiones culturales) vienen a poblar la cotidianidad del ser, las estrategias narrativas emergen como herramientas para construir géneros complejos (Bajtín), formas hechas cada vez más sofisticadas en el proceso discursivo, inventario de la jerga de cada rama del conocimiento, camino de una complejidad cuyo territorio es transitado apenas por especialistas.

Incluso cuando desde la perspectiva argumentativa seguimos la triada universal de textos narrativos, argumentativos y científicos, en los dos últimos subyace inevitablemente el primero. Ya sabemos que en estos tiempos de postmodernidad estética, no hay géneros puros. Lo que establecemos en los procesos argumentativos son marcos de referencia, de jerarquía; y claro, manipulaciones a través de los juegos del lenguaje (manipulaciones cuya apuesta ética se presupone, como lo dice Platón en Fedro, pero el mundo ha cambiado demasiado desde entonces).

Y subyacen igualmente, al tejido narrativo, argumentativo y científico, los universales lingüísticos: todos aquellos patrones que hemos venido descubriendo como generalidades subyacentes a las lenguas del mundo, desde sus estructuras fonológicas fundantes, hasta los tipos de combinatoria complejos aunque recurrentes en todos los seres humanos (Por ejemplo la estructura oracional SVO).

En el proceso comunicativo y en las construcciones discursivas del mundo subyacen tres apuestas (pretensiones): instrumental, encaminada al éxito y comunicativa (encaminada a la comprensión). Es decir, el sujeto construye su capacidad, su interés y su acuerdo con el otro, en instancias discursivas mediadas por formas narrativas. En definitiva, se traslapa un proceso creciente desde un nivel descriptivo, hacia un nivel funcional y un nivel ideológico, siempre en un proceso envolvente que presupone el anterior.

La enseñanza de las disciplinas científicas (con los respectivos ajustes si hablamos de ciencias formales, naturales o sociales), debe mucho al buen uso de la narrativa. En la Grecia clásica el diálogo platónico e incluso otros filósofos construyeron sus propuestas desde la polifonía de personajes y de argumentos, desde la secuencia de la construcción de los conceptos, desde los cruces proposicionales; a su vez, cada uno de los anteriores desde sus condicionantes, correlatos y exclusiones. La narrativa dibuja el mundo desde las abstracciones hacia las formas del mundo inmediato, ya sea desde el número, desde las relaciones de los elementos de la naturaleza, o desde esa complejidad de relaciones entre los seres humanos.

Y a este proceso argumentativo se suma la capacidad de la narrativa de tejer formas arquitectónicas portadoras de sentido como lectura ideológica del mundo de la vida, y estas estructuras sistematizadas en procesos comunicativos, esos símbolos hechos materia con sentido universal, son las rutas de la estética como conjunción entre formas y contenidos que conducen el goce del alma humana como armonía, con su permanente ajuste histórico en un proceso incesante entre formas y contenidos que van capturando relaciones complejas entre forma y función, entre fenómeno y signo asidos por una memoria en movimiento, en procesos culturales incesantes de reconocimiento y aceptación social.

Y cuando el ser incursiona adulto, completo e integral en el mundo de la vida, la narrativa da cuenta de un hecho crucial en los seres humanos en su natural ser político: la otredad. Da cuenta de las relaciones discursivas del ser consigo mismo, del ser con los otros seres y con el mundo de la vida. Cuando narramos somos personas, y narramos personas desde perspectivas, y narramos objetos ya sea personificados o en relaciones de existencia en el espacio y en el tiempo siempre cercanos a ese discurrir que es hablar mientras caminamos hacia la muerte.

Enrique Ferrer-Corredor